

CALABAZA, LIMOSNITA TÍA

○ cuando los angelitos bajan del cielo a Los Cuxtepeques

Antonio Cruz Coutiño

Los más grandecitos de la esquina reunían a la cuadría con anticipación: tres tardes antes del mero día. Ahí nos poníamos de acuerdo. Quién llevaría la cruz de madera, quién el ramo de flores, quién la primera y la segunda vela, el cencerro o la campanita, y lo más importante: la olla de peltre o la cubeta, y el morral. La olla para las frutas en conserva y el morral para lo demás: dulces, panecillos, tamales y verduras. A falta de cencerro improvisábamos sonajas con latas vacías y guijarros, y si no encontrábamos flores, cualquier ramo de hierbas bastaba. Si nadie disponía de una cruz bonita, alguien se encargaba de amarrar dos palos. El chiste era saber quiénes saldríamos a la noche siguiente, el día de los angelitos, el 31 de octubre. Saber la hora. Si pardeando la tarde, si entre oscuro y claro, o de plano, ya por la noche. Así que ahí decidíamos el itinerario y ratificábamos el punto de reunión: nuestra esquina de siempre.

Los más grandes llevaban siempre el morral y la olla. Por aquello de los abusivos jijos. Si alguna muchachita se nos pegaba, era ella quien portaba el cencerro o la campanita; el de adelante llevaba en un solo manojo la cruz y las flores, y los de las velas siempre iban junto a la cruz. Debíamos cantar fuerte pues sólo a los más cantantes les llenaban el morral. Y no dejar libre una sola casa, pues en la más humilde, en ocasiones daban más y hasta más sabroso.

En las casas de la orillada era donde preparaban calabacita en conserva, yuca con dulce, camote con panela o camote con piña. Y siempre regalaban frutas: lima de Castilla y de chichito, naranja, jícama, canutos de caña, puños de manía... por esta razón, los grupos numerosos cargaban hasta con dos morrales. Aquí era bonito, pero también en el centro, donde recogíamos bizcochos, galletas y dulces y hasta —con un poco de suerte— tamales y nuégados, empanizados y turuletes.

Y ahí íbamos. Alumbrándonos con las velas, pues hasta antes del 72 no había luz eléctrica en el pueblo. Salvo en *La Palma* de tío Raúl Coutiño Ristori, *El Atorón del Sapo* del viejo don Eduardo Sánchez y *la Paletería El Popo* o el *Cine Isabel* de doña Chabe Coutiño. Pero ya la gente aguardaba en la puerta de sus casas o de sus patios. Se entusiasaban por la costumbre, y en ocasiones nos esperaban sentados en sus butaques. Siempre el más viejo con su barejón —por si a algún angelito le salía lo demonio—, con su perol de conserva o su costal de limas y cañas.

“Ángeles somos. Bajamos del cielo. Pidiendo limosna pa’ que comamooos”. Así rimaba nuestra tonada. La

cantábamos una y otra vez hasta desgañitarnos, y al llegar frente a la puerta rematábamos: “una limosnita tía”. O “tío”, cuando el dispensador era barraco. En ocasiones nos hacían repetir el canto y a veces hasta rezar el avemaría. Al final, todos a voz en cuello gritábamos: “¡Que viva mi tíaaa”. Pero ay de aquel que no le daba “limosna” a los angelitos. . . tronábamos: “¡Que muera la tía, con su panzota fríaaa!” Y va de nuez: “Ángeles somos. Bajamos del cielo. Pidiendo limosna pa’ que comamooos!”

Algunas veces, el día de los angelitos marchaban también algunos sobresalidos. Mayores, adolescentes, cabrones. Salían a asustar, a robar, o a perseguir a los angelitos, aunque esto no era lo normal. Para evitar eso tenían su día, el día siguiente, el día de las ánimas o de las almitas, la víspera del día de muertos: el mero todosantos. Así que el día primero de noviembre salían los adolescentes. Los polloncitos y jóvenes, aunque éstos más se enrumbaban a las cantinas y a los bules, a los billares y tiendas, donde les daban cervezas, cigarras, aguardiente, tamales y algo de conserva.

Más o menos a las dos horas de haber recorrido el pueblo, o sólo algunas cuadras, o un barrio en especial —como aquellos que se animaban a atravesar el puente-hamaca para pedir “limosnita tía” al otro lado del río, en el barrio de Las Casitas—, volvíamos al punto de partida, a la esquina o a la banqueta más alta de la calle. Ahí revisábamos la cosecha, las chucherías que la gente convidaba a sus angelitos y ahora sí, ante la esbeltez de la luna nos repartíamos todo. La mezcolanza de la olla, lo caldoso y dulce, nos lo comíamos ahí, sin distinguir lo que fuera: calabaza, yuca, piña o camote, pero con lo seco teníamos cuidado. Montoncitos hacíamos sobre la banqueta, en donde se incluían los escasos tamales, los dulces secos, las galletas y los bombones. Luego cada quien recogía sus cosas, aunque... a decir verdad, era a partir de ese momento cuando comenzaba lo bueno. Los cuentos de espanto y las historias de aparecidos, aunque siempre eran los más grandes quienes se quedaban a eso, por lo que... vámonos a otra cosa, mariposa. 🦋

Antonio Cruz Coutiño (La Concordia, 1960). Sociólogo mexicano, maestro en estudios regionales y doctor en humanidades por la Universidad de Salamanca, España. Es miembro del SNI y de las sociedades de Cronistas de Chiapas y de Ciudades Mexicanas. Es profesor-investigador de la Universidad de Chiapas. Entre sus publicaciones se encuentran: *La Concordia en Los Cuxtepeques* (2001), *El Aguaje del Zapotal* (2010), *Mitología Maya Contemporánea* (2011), *Miramar, Corazón de la Selva* (2012), *Cacao Soconusco. Apuntes sobre Chiapas, México y Centroamérica* (2014) y *Crónicas de Ultramar* (2015).